

LA NARRATIVA DE FELICIANO PADILLA EN EL CONTEXTO DE LA LITERATURA PERUANA

Mario Pantoja

Surgido del importante grupo de narradores peruanos en la década del 80, Feliciano Padilla (Puno, 1944, quien al sentirse desubicado afirma también ser abanquino, al haber vivido su infancia en aquella ciudad), es autor de libros de cuentos conocidos como *La estepa calcinada* (1984), *Réquiem* (1986), *Surcando el Titicaca* (1988), *Dos narradores en busca del tiempo perdido* (1990): a la sombra, por cierto, de Marcel Proust, por el título de la obra., *Alay arusa -Voces que vienen de arriba-* 1995 (estas dos últimas publicaciones, en coautoría con Jorge Flórez Aybar, narrador de su generación), *Polifonía de la piedra* (1998), *Calicanto* (1999), *Amarillito amarilleando* (2002) y *Pescador de luceros* (2003), casi todos ellos ambientados en la ciudad del altiplano, Puno, registrando por cierto un lenguaje de acento regional andino.

Dos años antes a *Alay arusa* aparece *La huella de sus sueños sobre los siglos*, uno de sus mejores relatos, con el que resulta siendo finalista del concurso nacional de cuento **César Vallejo**, en 1993, organizado por el diario El Comercio de Lima. Aunque también alcanzó, en 1992, la mención honrosa del Premio **COPE** de Cuento, con el relato *¡Me zurro en la tapa!*, para nuevamente alcanzar otra mención honrosa de este Premio, en 1996, con el relato *Amarillito amarilleando*.

Padilla es un escritor que, desde *La estepa calcinada* se ha encaminado por una vía de búsqueda de los distintos recursos narrativos, para las diversas historias relatadas, que pronto, en sucesivas publicaciones, los irá mostrando sus hallazgos.

Polifonía de la piedra, su quinto libro de relatos, ofrece un conjunto de catorce historias diferentes: de las que se puede señalar como las más logradas: *¡Me zurro en la tapa!*, *Manuela inmortal*, *Amarillito amarilleando*, *La huella de sus sueños sobre los siglos*, que reflejan el comienzo de una porfiada madurez literaria, por

cuanto en ellas se ponen ya al descubierto muchos de los recursos narrativos.

Entre los cuentos de Padilla, *Manuela inmortal* es una historia que se teje sobre la vida de una matrona del altiplano (quien sabe inspirada en *Los funerales de la mamá grande* de Gabriel García Márquez) que, en plena longevidad, adquiere, con anticipación, su ataúd, y no sabe cuándo va morirse, pese a sus noventa años, y a la espera de sus herederos. En tanto *La huella de sus sueños sobre los siglos*, sitúa su referente en el pasado histórico, a mucha distancia de los sucesos actuales. Esta temática cargada de lo histórico (que recrean también los narradores cusqueños Rosas Paravicino, Nieto Degregori y Avendaño Farfán) se incrementa en el corpus de la narrativa peruana, y recibe diversos tratamientos en su ingreso al discurso literario.

La huella de sus sueños sobre los siglos (con un epígrafe bíblico que anuncia la venida de un profeta), comienza con la descripción del actante, don Gabriel, que se halla en prisión. Aquí, dos hechos del pasado amplían la historia narrada: una reunión de conspiración, a las seis de la tarde del 12 de junio de 1805, y el encuentro con el padre Diego Bernardino, a la misma hora, del día 25 de junio. El relato retorna después al juzgamiento y ejecución del prisionero, junto a otro sublevado, el 5 de diciembre del mismo año. La fecha de los hechos establece una exacta sucesión de tiempos, con el alzamiento de los Aguilar y Ubalde en el Cusco.

Pues bien, en un trabajo de balance crítico sobre *El cuento puneño* dice -con acierto- Juan Alberto Osorio: "El discurso del protagonista es por momentos mítico (historias que le revelan sus sueños), y en otros, político (guiado asimismo por sus sueños): 'de modo que no andemos a tientas en esta empresa', dice el narrador. Pero ambos

discursos parecen estar supeditados a un discurso mayor, que es fundamental en el texto narrativo: el religioso. Don Gabriel se convierte así en zahorí lector de sus propios sueños. Es un vidente a quien los sueños revelan el curso de la historia y el destino de las personas. Sólo que don Gabriel, más que instrumento de la historia, parece serio de la religión, y expresa: 'Estoy seguro de ser fiel cumplidor de los designios de Dios'. El artificio de los sueños le permite ubicarse en el centro de los tiempos", borgianamente.

Calicanto, que viene a ser el sexto libro de cuentos de Padilla, está constituido de siete ficciones, en las que el espacio de cada historia es Abancay: esa tierra prometida, en la que los recuerdos de infancia arden inextinguibles. "Es innegable –como bien señala Juan Luis Cáceres–, que, la infancia vivida en aquellos valles escondidos del Apurímac, donde las cumbres se empinan tocando con su cresta la inmensidad celeste y las insondables simas descienden hasta profundidades más remotas, acariciando el corazón de la Pachamama, hayan dejado en Padilla, una huella indeleble".

El calor de su gente (el encanto seductor de sus mujeres), la belleza de su paisaje y su sabor andino (a cañas del lugar, diría Vallejo) calan el alma, y quienes con gran sensibilidad los gozan, no tienen más alternativa que florecer en colores de ternura y expresarlos en inolvidables narraciones que cautivan, enternecen y distraen. Pues en *Calicanto*, el cuento más significativo *Pilón de cal y canto* no es sino la tierna historia del narrador protagonista, tejida con recuerdos distantes, a la manera de Ernesto en *Warma Kuyay* (Amor de niño) y en *Los ríos profundos* de José María Arguedas. Recuerdos traídos desde aquella lejana infancia, en la encantadora ciudad primaveral: Abancay (con mujeres ardientes de cabal sensualidad, que dan lugar a libros como *Ballet de Verano* y *Las mil una noches de placer* de Carlos Velásquez.

A los cuentos de recuerdos de infancia (*Pilón de cal y canto*, *El Tuku Villegas*) se suma *Amarillito amarilleando*, que rememora la inclemencia de una fiebre que cubriendo de amarillo los cuerpos, diezmó a la niñez en la ciudad capital de Apurímac.

Calicanto, que resulta ser de mi particular agrado, entre las obras de Padilla, es

"...sabor a limo y vaho –como siente el autor de *Caleidoscopio*, el poeta Omar Aramayo, cuentos que nacen como los duraznos, pletóricos de flores y frutos, con escenarios y personajes propios de un valle interandino del Perú; quechua en sus raíces, donde el mito alimenta con su savia inmemorial, y español arcaico, como dormido en el fondo de una tinaja de olvidado aguardiente, que un día despierta impetuoso en el ancho camino del patriarca de la narrativa peruana, José María Arguedas".

Desde luego, ambos libros: *Polifonía de la piedra* y *Calicanto*, convierten a Padilla en alguien ya considerado dentro de la narrativa peruana contemporánea.

En el año 2002 el autor de *La huella de sus sueños sobre los siglos*, nos entrega su antología personal: *Amarillito amarilleando y otros cuentos*, constituida de veinte relatos de marcadas diferencias. Y, a la aparición de este volumen de relatos, dirá Manuel J. Baquerizo: "Padilla tiene el don de narrar: más allá de la mera descripción regionalista..., va de frente al relato de un hecho o acontecimiento. No se regodea en la pintura de los escenarios ni en las especulaciones interiores, hoy tan en boga. Puede usar la forma tradicional del cuento: el relato lineal. Así, en *Guseppi de Milano*, luego de presentar al personaje, reconstruye su infancia en Italia y su llegada al Perú; como experimentar con los diversos recursos de la narración moderna: apelar, por ejemplo, a la segunda persona gramatical con interlocutor mudo y acotaciones en tercera persona (en *A qué volviste Nazario*); o explotar el final inesperado y sorpresivo a la manera de Juan Rulfo (en *No te me mueras en el camino*). En este volumen de cuentos: los personajes, su imaginario y su lenguaje corresponden a un mundo en ebullición que todavía está por descubrirse y revelarse. Padilla sería uno de sus más expresivos intérpretes": desde luego junto a Cronwell Jara, Óscar Colchado, Enrique Rosas Paravicino, Zein Zorrilla, Samuel Cárlich, Jorge Flórez Aybar, entre otros.

Otra balsa al abordaje en la narrativa de Padilla, a orillas del Titicaca, es su nuevo libro de cuentos: *Pescador de Luceros* (2003), constituido de trece relatos que reflejan la plena madurez alcanzada por el autor, por cuanto en ellos se ponen al descubierto la destreza en la

escritura clásica del relato lineal, pero no exenta, en algunos casos del manejo de recursos técnicos (que acentuaron los narradores del siglo pasado, en todos los espacios del mundo) como el flash back, la caja china, el raconto, los vasos comunicantes, entre otros recursos.

El autor de *Extraña muerte de un candidato* y *Viaje a la inmortalidad*, es decir Feliciano Padilla, es ya, a estas alturas, un narrador de reconocido oficio que tiene un lugar de privilegio en la literatura peruana, como escritor andino, sin duda, tras las huellas de nuestro gran Arguedas.

Padilla, en los relatos de *Pescador de luceros*, recrea realidades de su entorno con suma facilidad o temas históricos de otros espacios y tiempos, busca enlazar, a través de vasos comunicantes, las diversas culturas que caracterizan a nuestro país; de modo particular nos hace ver, a los lectores, con un lenguaje transparente, el espacio en que se desenvuelven sus personajes, tejiendo cada quien sus historias de vida y la de sus pueblos.

En definitiva, *Pescador de luceros* es un buen libro de relatos, quien sabe la prolongación de su mejor ciclo narrativo que tuvo su más elevada y cautivante expresión en *Calicanto*.

De modo, que a través de estas publicaciones Padilla ha asumido un

compromiso personal con la narrativa peruana, desde el espacio andino. Es él quien teje las redes de la ficción, junto a Jorge Flórez Aybar, que configuran, en particular, el nuevo panorama de la literatura puneña, dentro de la peruana. Supera, en mucha distancia, el aislado localismo como *El Conde de Lemos*, se sacude de los prejuicios de ser un escritor provinciano, como se sacudieron en su momento Valdelomar, Vallejo, Oquendo de Amat y Mariátegui. Pues, así, el autor de *Calicanto* desarrolla sus relatos, con gran imaginación, apelando a los elementos locales que se universalizan (como en el autor de *Amor mundo y todos los cuentos*), utiliza los accesorios discursivos del momento y determina sus motivos con una visión más nuestra, en el espacio andino latinoamericano.

La diversidad de temas que vislumbramos en los relatos de Padilla, nos permite determinar en su ya vasta producción narrativa, distintas tendencias, entre ellas: la histórica, la mítica y la autobiográfica. Con ellas Padilla busca los ejes posibles de comprender el mundo andino y posibilitar mayor riqueza temática, en el desarrollo de su obra narrativa.

Finalmente, *Pescador de luceros* es un libro que confirma a Padilla, en el amplio espacio andino, como uno de los narradores peruanos más reconocidos dentro de su generación.